

EL APRENDIZAJE CON JOSE LUZAN

Arturo Ansón Navarro

A la edad de trece años, el pequeño Goya no demostraba gran interés por el latín y la retórica y sí por el dibujo. En vez de atender las explicaciones del profesor, se dedicaba a hacer dibujos, por lo que su padre, el maestro dorador José de Goya, decidió en 1759 llevarle al pintor Luzán para que le enseñase. José Luzán Martínez (1710-1785) era el pintor más acreditado de la ciudad. Además, él y el escultor Juan Ramírez de Arellano eran los dos profesores más reievantes de la Academia de Dibujo, que en 1754 había abierto en Zaragoza la Primera Junta Preparatoria, presidida hasta ese mismo año por Fray Vicente Pignatelli.

Así pues, el joven Francisco no sería notario real como su abuelo, ni abo-

gado de los reales consejos, sino que su padre, viendo pronto sus inclinaciones artísticas, le colocó bajo el magisterio y la dirección de su amigo Luzán. José de Goya era muy amigo de Juan y Pedro Luzán, hermanos del pintor y también maestros doradores como él. Incluso había trabajado con ellos en encargos de dorado. No le hizo falta, pues, a José de Goya ningún intermediario para encomendar a Luzán la formación artística de su inquieto vástago.

José Luzán, junto con su joven y brillante discípulo Francisco Bayeu, que sería el segundo maestro de Goya, representaban la pintura más innovadora y moderna que se hacía en Zaragoza, y aun en España, en torno a 1760. Eran los abanderados de la amable y colorista pintura rococó. Luzán había aprendido la pintura en Nápoles, gra-

cias a la protección de los Pignatelli, y a su regreso a Zaragoza, hacia 1735, trajo las nuevas maneras de pintar, las que estaban en boga en Nápoles y en Roma. En ellas se armonizaban el clasicismo dulcificado de Paolo de Matteis, de herencia marattesca, con el influjo rococó, en soluciones de gran éxito, como las de Sebastiano Conca, referente y modelo para Luzán, y de Corrado Giaquinto, que será el referente para Francisco Bayeu. Así pues, a su llegada a España, Luzán trajo una pintura ya diferenciada del pleno barroco decorativo todavía vigente en su fase decadente, y fue pionero de la nueva estética, que no se consolidaría hasta la llegada de Giaquinto a España en 1753.

De las cualidades de Luzán como pintor encontramos excelentes muestras en diversos templos zaragozanos. Val-

gan, como ejemplos destacados, los grandes cuadros y las pechinas de la Capilla de Nuestra Señora de Zaragoza la Vieja (1750); las Puertas del Armario del Tesoro (1757) en la sacristía de La Seo; o el gran cuadro de altar representando a «Nuestra Señora con la advocación de Salus Infirmorum» (hacia 1770-1775) de la iglesia del Hospital Provincial.

Pero, además, Luzán poseyó grandes cualidades para enseñar, seguramente adquiridas del bondadoso y paciente Giuseppe Mastroleo, su maestro napolitano. La relevancia y éxitos en la Corte de sus discípulos más destacados, como Francisco Bayeu, José Beratón o el mismo Goya, sin contar al gran platero real Antonio Martínez, son la mejor demostración del acierto y bondad de los enseñanzas que recibieron del maestro Luzán.

Goya estuvo cuatro años aprendiendo con Luzán, entre 1759 y 1763, tanto en su taller, por el día, como en las clases nocturnas de la academia, que entonces ya se habían trasladado desde el palacio del donde de Fuentes, en el Coso, a la casa del marqués de Ayerbe, en la calle de la Platería, actual Manifestación. Con él encauzaría su vehemencia artística, empezando por dibujar los que se llamaban principios (manos, brazos, piernas, orejas, etc.) a partir de modelos dibujados o de yeso. Aprendería también los fundamentos de la geometría, de la simetría y de la perspectiva, tan necesarios para todo pintor.

Paralelamente se adiestraría en el dibujo de mayores pretensiones, copiando grabados, método utilizado en las academias artísticas italianas de la

época. Eusebi refirió en su pequeña biografía de 1828 que Luzán hizo copiar a Goya los mejores grabados que tenía. Serían estampas de obras destacadas de Conca, de Sacchi, de Maratta, de Reni, de Cortona y de otros, que para el maestro eran los modelos artísticos de referencia obligada. Además, la Academia de Dibujo de Zaragoza poseía una magnífica colección de cuarenta dibujos de célebres profesores y pintores italianos del Renacimiento tardío y del Barroco que había adquirido Fray Vicente Pignatelli en Italia, y había regalado a la academia para el aprendizaje de los alumnos. Entre ellos había dibujos de Canuti, Guercino, Domenichino, Maratta o Veruzzi.

Progresivamente, en el taller del maestro, el joven Goya se fue soltando «en

gastar color al óleo», copiando algunos de esos grabados que Luzán tenía y pintando obras de su propia invención. Entre éstas, y del momento final de su etapa de formación con Luzán, hacia 1762-1763, haría las pinturas de las «Puertas del Armario de las Reliquias» de la sacristía de la iglesia de su pueblo natal, Fuentetodos.

En 1763, una vez concluida la formación de Goya con Luzán, por quien sintió siempre gran afecto y consideración, pasó a las manos de su segundo maestro, Francisco Bayeu, discípulo también de Luzán y su futuro cuñado. Para seguir su formación con Bayeu, Goya se vería obligado a dejar Zaragoza y trasladarse a Madrid. Una nueva andadura iniciaba el joven Goya, determinante y fundamental hasta su viaje a Italia.